

¿La Iglesia metida en Política?

Un peligro. — A raíz de los sucesos del 23 de Enero y en medio de la euforia del cambio de régimen, se lanzaron expresiones y se escribieron artículos en que aparecía la Iglesia, como metida en actividades políticas. No son esos momentos los más propicios para la precisión mental y mucho menos para la exacta expresión. Pero esos artículos que reflejan la realidad del momento se archivan; y pueden convertirse, el día de mañana, en documentos que desfiguren la historia y en argumento que venga a reforzar el tópico de que "la Iglesia se mete en política". Por otra parte, es propicia la ocasión para explicar, con varios hechos, la política de la Iglesia. Al hablar de Iglesia, nos referimos sobre todo a sus Jerarcas, sin asumir la defensa de actitudes o expresiones de sus subalternos.

Venezuela. — El documento, no exclusivo pero sí más importante fue la Pastoral del Excmo. Sr. Arzobispo de Caracas, Mons. Rafael Arias B. el 1º de Mayo de 1957. Por mera coincidencia y sin ninguna mutua relación, aparecieron, en el corto lapso de unos días, dos documentos oficiales de las supremas autoridades eclesiásticas y civil. Primero, el Presidente de la República, en su Mensaje al Congreso, cantaba las glorias de su Gobierno, la bonanza económica del país y auguraba a todos los venezolanos un rosado porvenir, un auténtico paraíso.

Pocos días después, el Excmo. Sr. Arzobispo, publicaba su Pastoral, fruto de larga consideración y concienzudo estudio, basado en encuestas. En ella denunciaba serenamente un hecho cierto que, por temor o indiferencia, no era del dominio público. Iba en auge el desempleo; había mucha pobreza y se volvía en extremo angustiada la situación de numerosas familias. Esos hechos no hallaban justificación; mucho menos, cuando a diario se hablaba de prosperidad ilimitada y de fuertes reservas de millones en el Banco.

El choque fue brusco; pues en el

cuadro, todo luz, del Gobierno, caían negras sombras que lo afeaban y oscurecían. Pero era deber del Prelado decir la verdad, y sobre base cierta denunciar la gran injusticia social. Descuidaba el Gobierno la clase más necesitada de la sociedad y frente a la miseria de muchos aparecía la millagrosa e irritante opulencia de pocos. Obras suntuarias y caprichosas, con danza de millones, robaban el presupuesto a necesidades vitales del país. Se estaba gobernando al margen de la justicia social.

Desgraciadamente hechos posteriores han venido a dar la razón plena al Prelado. Al descorrerse el velo, la situación es mucho más grave, amplia y profunda de lo que nadie se imaginaba. Quien analice desapasionadamente el momento del 1º de mayo de 1957 reconocerá el valor del Prelado, la moderación en la forma, la verdad de sus afirmaciones y la oportunidad de la publicación. La reacción del Gobierno y sus incondicionales fue violenta. Trataron con otras publicaciones de desvirtuar el documento, pero la Pastoral tiene la consistencia de la verdad y se halla perfectamente encuadrada en el marco preciso en que debe actuar la Iglesia.

Llevamos una temporada en que las situaciones políticas de muchas naciones se vuelven sumamente tensas con menoscabo de la pacífica convivencia y hasta con peligro del bienestar común. Situaciones tan alarmantes, no puede contemplarlas la Iglesia, como espectador pasivo, sino que debe descender a la arena, ofreciendo su colaboración, ajena a todo partidismo y atenta solo al bien de la comunidad.

Colombia. — Todos conocemos las vicisitudes angustiosas de Colombia. De varios años atrás, la inquietud ha formado el ambiente general de la nación, con brotes de violencia. El saldo ha sido muy lamentable. No fue remedio la dictadura y la Iglesia intervino para que cesara en su mando y con las riendas en manos más expertas, corriera la nación por las vías de la legalidad constitucional. En reciente Carta Colectiva afirman los Obispos:

"La violencia ha devastado regiones enteras; multitud de gentes se han visto obligadas a dejar el pedazo de tierra que cultivaban y que les proporcionaba sustento, y se han

visto privadas del mismo techo que les daba abrigo”.

Ante esta triste realidad levanta la Iglesia su voz y condena “todo género de violencia, principalmente aquella que, como fiera indómita, troncha a diario vidas humanas, arrebatando los bienes ajenos y siembra luto y desolación en las infortunadas regiones que ha escogido, como centro de su acción funesta”.

No se contenta con el aspecto meramente negativo; sino que, a su lado, presenta remedios para el mal: el respeto a la persona, la obligación social de la propiedad, el salario familiar, la distribución de la riqueza... ¿Política? Sí; pero de tal manera entretejida con principios morales y sus aplicaciones prácticas que exigen la presencia de la Iglesia.

Cuba. — La perla de las Antillas ha perdido su fulgor. Los encantos naturales quedan ensombrecidos por los sucesos políticos que, tras imposibilitar la convivencia, parecen provocar el estallido de la guerra civil.

No cuenta la Iglesia con armas ni ejércitos; pero es deber suyo, en esas horas negras de la Patria, hacer acto de presencia y ofrecer a los bandos beligerantes el ramo de la paz. En un breve y admirable documento dice el Episcopado Cubano:

“El Episcopado cubano contempla con profundo dolor el estado lamentable a que hemos llegado en toda la República, y en particular en la región oriental. Los odios crecen, la caridad amengua, las lágrimas y el dolor penetran en nuestros hogares, sangre de hermanos se derrama en nuestros campos y en nuestras ciudades.

Cargados de graves responsabilidades ante Dios y los hombres por nuestra condición de jefes espirituales de nuestro pueblo, sentimos la obligación de tratar por todos los medios a nuestro alcance de que reine de nuevo la caridad y termine ese triste estado de nuestra patria.

Guiados, pues, por estos motivos, exhortamos a todos los que hoy militan en campos antagónicos a que cesen en el uso de la violencia y a que, puestos los ojos única y exclusivamente en el bien común, bus-

quen cuanto antes las soluciones eficaces que puedan traer de nuevo a nuestra patria la paz material y moral que tanta falta le hace. A ese fin no dudamos que quienes de veras aman a Cuba sabrán acreditarse ante Dios y ante la historia, no negándose a ningún sacrificio, a fin de lograr el establecimiento de un Gobierno de unión nacional que pudiera preparar el retorno de nuestra patria a una vida política pacífica y normal.

Cuenten para ello, tanto el Gobierno como los demás cubanos llamados a decidir en este importante asunto, con nuestras más ardientes oraciones, y, en la medida que ello cayere fuera de la política partidista, con nuestro apoyo moral”.

Precioso documento donde la Iglesia, ante el peligro de la Patria, propone un plan de conciliación y ofrece la contribución de sus oraciones con su apoyo moral, siempre que caiga fuera del terreno partidista.

Argel. — En el problema espinoso de Argel la situación de la Jerarquía Eclesiástica Francesa es de una extrema delicadeza. El no intervenir parece dejación: el intervenir, apenas puede concebirse sin menoscabo del patriotismo francés o sin lesión de los derechos nacionalistas de Argelia. En esa lucha no siempre se han guardado las normas de humanidad. De parte y parte se han violado las leyes de guerra y a la violencia se ha respondido con la violencia y a la crueldad con la crueldad, en proporción progresiva.

A raíz de su última reunión, los Cardenales y Arzobispos de Francia, han publicado el 7 de Marzo, 1958, un severo documento del que extractamos unos párrafos. Después de recordar el Centenario de Lourdes y el Mensaje de Bernardita, es decir, el retorno a Dios, reconoce que:

“todo cristiano debe amar a su patria, sin odio hacia los otros pueblos, y estar pronto a servirla con toda lealtad”.

Pero plantea con claridad el delicado problema:

“Ante la larga y dolorosa prueba que conoce Argelia, la asamblea de Cardenales y Arzobispos, elevándose por encima de todas las preocupaciones partidistas, no ha dejado,

en precedentes declaraciones, de recordar los principios que deben iluminar el juicio e inspirar la conducta práctica de los fieles... Todos aquellos cuya misión es proteger los bienes y las personas, de cualquier raza que sean, tienen el deber de respetar la dignidad humana, de evitar los excesos contrarios al derecho natural y a la ley de Dios. Nunca está permitido poner al servicio de una causa, aunque sea buena, medios intrínsecamente malos.

Los problemas más difíciles podrán ser resueltos en un clima de amistad. Las orientaciones pacíficas serán el fruto de contactos fraternales, permitiendo a todos el derecho de expresarse libremente. La búsqueda desinteresada del bien común debe ser la regla de los esfuerzos y la base necesaria de una verdadera comunidad fraternal. ... Y suplican al Señor que ilumine a los que tienen la responsabilidad del poder, a fin de que puedan establecer lo más pronto posible sobre la tierra africana, en la legalidad, la justicia y la caridad, esa paz tan ardentemente deseada".

¿Política? Ciertamente; pero de una gravedad extrema, donde no ya la ausencia, sino el silencio mismo de la Iglesia, sería justamente interpretado como una cobarde deserción.

Canadá. — No es que allí la Iglesia se haya visto precisada a tomar parte activa en la cuestión política. Hoy día es una de las naciones de mayor estabilidad económica, si bien en crisis incipiente, y de mejor funcionamiento democrático. Pero los Obispos han querido dar a los católicos normas relativas a la emisión del voto. Las han encerrado en tres reglas:

1º) **Regla negativa.** Nada de uso indiscreto de la religión en partidos políticos.

2º) **Regla permisiva.** Fuera del comunismo, absolutamente incompatible con el catolicismo, los católicos pueden adherirse al partido de su elección "siempre que la doctrina o los métodos de los mismos no sean opuestos a la fe, como es el caso del partido comunista".

3º) **Regla positiva.** Unión de todos por la defensa de los intereses supe-

riores. "La Iglesia pide a todos los católicos, cualquiera sea el partido a que pertenecen, olviden sus divergencias políticas y se unan cada vez que ha de ser adoptada una medida necesaria a la salvaguardia de la moralidad pública, al respeto de las leyes divinas o de alguna libertad fundamental como la de la enseñanza".

Mundo internacional. — Yo no recuerdo haber leído nunca un documento más patético que el de Pio XII, el 24 de Agosto de 1939. Era casi la víspera del estallido de la segunda guerra mundial. Se trataba de detener la política bélica del mundo, sobre la del furibundo Hitler que creía llegada la hora de su revancha y la realización de sus sueños imperialistas.

"Escuchadnos, decía el Papa por radio, todos vosotros, regidores de los pueblos, hombres de la política y de las armas, escritores, oradores de la radio y de la tribuna, y todos cuantos tenéis autoridad sobre el pensamiento o la acción de los hermanos y responsabilidad de sus destinos...

La Justicia se abre camino, no con la fuerza de las armas, sino con la fuerza de la razón. Y los imperios no fundados sobre la Justicia no son bendecidos por Dios. La política emancipada de la moral se vuelve aún contra los mismos que así la quieren.

Inminente es el peligro, pero todavía es tiempo. Nada se ha perdido con la paz. Todo puede perderse con la guerra. Vuelvan los hombres a comprenderse. Comiencen de nuevo a tratar. Tratando con buena voluntad y con respeto de sus recíprocos derechos, se darán cuenta de que jamás queda cerrado un honroso desenlace a unas negociaciones sinceras y eficaces... Que nos escuchen los fuertes, para no ser débiles en la justicia. Que nos escuchen los poderosos, si quieren que su potencia no sea destrucción, sino amparo de los pueblos y tutela para la tranquilidad en el orden y en el trabajo... Con Nos está la humanidad entera que ansía justicia, pan, libertad, pero no el hierro que mate y destruya. Con Nos está aquel Cristo, que del amor fraterno hizo su mandamiento fundamental y solemne, sustancia de su

religión, promesa de salvación para los individuos y las Naciones”.

Todo fue inútil; el 1º de Septiembre lanzó Hitler sus divisiones acorazadas sobre Polonia que, descuartizada y borrada del mapa a los 17 días de guerra, fué a enriquecer con sus despojos el comunismo de Stalin y el nazismo de Hitler.

Imposible sintetizar los documentos papales relacionados con la política internacional. Pío XII cerró el mes de Marzo próximo con un documento sobre la Paz y volvió al mismo tema, el 6 de Abril, Domingo de Resurrección, al dirigir su palabra, a más de 200.000 personas, reunidas en la Plaza del Vaticano:

“Individuos y pueblos, decía, naciones y estados, institutos y grupos son invitados por el Rey de la Paz, a insistir con confianza en esta difícil y urgente obra de gloria divina. A esa obra deberá dedicarse toda la imponente reserva, de inteligencia, de prudencia y, donde fuere necesario, de sólida firmeza, de que dispone el mundo cristiano, secundado por todos los demás que lealmente aman la paz”.

A estas alturas de elevación moral vuela el pensamiento del Papa siempre que su autorizada palabra penetra en el campo de la política. La enumeración de estos documentos ha sido intencionadamente breve, a pesar de la abundancia de material. De ellos se desprenden dos consecuencias:

1º) La difícil situación, creada en muchos pueblos por la falta de responsabilidad y acierto en muchos gobernantes y la ausencia de carácter y respeto a la autoridad en muchos gobernados.

2º) La intervención oportuna de la Iglesia en momentos de gravedad y cuando intereses gravísimos de moral ponen en juego la misma convivencia.

Ningún hombre de recto juicio puede censurar esta intervención, tan benéfica para la humanidad. La intervención es requerida, no sólo por la inminencia de una guerra, sino también por la incubación de gérmenes que la preparan y desencadenan. A combatirlos con su doctrina y moral se consagra la Iglesia, persuadida de que es preferible la medicina preventiva a la curativa.

VICTOR IRIARTE, S. J.

